



Vol. 8, No. 2, Winter 2011, 282-290
www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Debate

Lauren Derby, *The Dictator's Seduction: Politics and the Popular Imagination in the Era of Trujillo*. Durham, NC and London: Duke University Press, 2009.

La seducción del exotismo: Política e imaginación académica en la época posmoderna

Pedro L. San Miguel

Universidad de Puerto Rico—Recinto de Río Piedras

Un viejo adagio alega que los pueblos tienen los gobiernos que se merecen. Que fue, en última instancia, lo que constituyó la hipótesis central de Alexis de Tocqueville en *La democracia en América* (1835-1840), si bien dicho argumento se encuentra en ciernes en *El Príncipe* (1513) de Nicolás Maquiavelo o incluso en *El 18 brumario de Luis Bonaparte* (1851-1852) de Carlos Marx. Este último efectuó una especie de sociología histórica para explicar el ascenso al poder de Luis Napoleón Bonaparte, fenómeno que Marx interpretó a partir de las evocaciones que, entre el campesinado francés, generó el sobrino acerca de su archifamoso tío, el emperador

Napoleón Bonaparte. Así que por vía de la nostalgia y el interés—Napoleón el tío, alegó Marx, había consolidado la propiedad campesina de la tierra gracias a su burgués código legal—Napoleón el sobrino logró obtener la adhesión del numerosísimo campesinado de Francia y, con ello, ganar de forma abrumadora las elecciones y luego dar un golpe de Estado y convertirse en el último—agraciadamente—rey de los franceses. Por otro lado, Max Weber realizó aportaciones significativas al estudio del poder político gracias a su análisis del concepto del carisma. En el ámbito de la historiografía, Marc Bloch efectuó sugerentes propuestas en torno a las dimensiones simbólicas, imaginarias y mitológicas del poder en su obra *Los reyes taumaturgos* (1924).

Como Bloch, Lauren Derby se aboca a escudriñar las fuentes más profundas del poder político, no en la era medieval, sino en la época contemporánea; no en Europa occidental, sino en la República Dominicana. En este país caribeño, entre 1930 y 1961, existió un régimen político que, como pocos en América, alcanzó dimensiones monárquicas en pleno siglo XX. Y no poseyó atributos de esos principados “blandos” que son las monarquías constitucionales, sino rasgos severos, estrictos, crueles y hasta despiadados, propios de los más despóticos sistemas monárquicos. A ello habría que añadir la naturaleza depredadora—económica y hasta sexualmente—de dicho régimen, encabezado por Rafael Leónidas Trujillo.

Debido a las repercusiones de su gobierno en la República Dominicana, en torno a este personaje y a su régimen existe una amplísima bibliografía, a la que han aportado tanto nacionales como extranjeros. *The Dictator's Seduction* viene a sumarse a una legión de obras que, desde muy diversas perspectivas y de merecimientos muy variados, han intentado explicar un fenómeno histórico tan peculiar como el trujillato. Su mérito principal radica en que ofrece una visión sobre el mismo que se aparta radicalmente de las interpretaciones usuales, las que suelen enfatizar sus dimensiones tiránicas y represivas o sus fundamentos económicos o sociales. Derby, por el contrario, explora los fundamentos culturales del régimen trujillista. Ciertamente, esto no es totalmente novedoso ya que varios investigadores han intentado explicar los pilares culturales de ese

tiránico régimen.¹ La originalidad de Derby radica en que hurga en cómo los imaginarios populares contribuyeron a sostener y a enraizar el totalitarismo trujillista. Tal propuesta resulta novedosa en el contexto dominicano, si bien remite a la añeja noción de que, en última instancia, los pueblos tienen los gobiernos que se merecen; o al menos aquellos cuya cultura hace factible.

Derby examina, pues, “las formas cotidianas de dominación” (*everyday forms of domination*) durante el trujillato, cuando, gracias a la preexistencia de un conjunto de “políticas vernáculas” (*vernacular politics*), el Estado fue capaz de extender su dominio sobre la sociedad. Entre esas “políticas vernáculas” la autora resalta los conceptos acerca de la masculinidad y la persona (*personhood*), y “las ilusiones (*fantasies*) sobre la raza y la movilidad de clase” (7).² En consecuencia, indaga cómo el régimen trujillista se benefició de una serie de manifestaciones de la cultura popular—como el chismorreo, el intercambio de dádivas, el parentesco figurado (*fictive kinship*) y la hechicería—para imponer su hegemonía. Gracias a todo ello, la omnipresencia de Trujillo en la sociedad y el territorio dominicanos se convirtió en un “mito central del Estado” (8); dicha omnipresencia terminó transubstanciando al tirano en un símbolo de la identidad nacional.

Para lograr esto, Trujillo se valió de diversos medios. Por ejemplo, su régimen se fortaleció gracias a su papel en la reconstrucción de Santo Domingo, la capital, luego de que ésta quedara arrasada por el huracán San Zenón en 1930. Dicha reconstrucción fue aprovechada por Trujillo para

¹ Entre otros: Diógenes Céspedes, *Lenguaje y poesía en Santo Domingo en el siglo XX* (Santo Domingo: Editora Universitaria, UASD, 1985); Raymundo González et al. (eds.), *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana (Siglos XIX y XX)* (Madrid: Ediciones Doce Calles y Academia de Ciencias de Dominicana, 1999); Andrés L. Mateo, *Mito y cultura en la Era de Trujillo*, 2ª ed. (Santo Domingo: Editora Manatí, 2004); Pedro L. San Miguel, *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española*, 2ª ed. (San Juan y Santo Domingo: Editorial Isla Negra y Editora Manatí, 2008); Néstor E. Rodríguez, *Escrituras de desencuentro en la República Dominicana* (Santo Domingo: Editora Nacional, 2007); *Retrospectiva y perspectiva del pensamiento político dominicano* (Santo Domingo: Dirección de Información, Prensa y Publicidad de la Presidencia, 2009); y Carlos D. Altagracia Espada, *El cuerpo de la patria: Intelectuales, imaginación geográfica y paisaje de la frontera en la República Dominicana durante la Era de Trujillo* (Arecibo, PR: Centro de Estudios Iberoamericanos, UPR-Arecibo y Librería La Tertulia, 2010).

² A menos que indique lo contrario, las traducciones del inglés son mías.

“limpiar” a la capital de grupos que eran considerados como indeseables por las clases medias y altas, como los indigentes, los vendedores callejeros y los inmigrantes recién llegados de los campos. Gracias a la reestructuración de Santo Domingo, Trujillo obtuvo el favor de las clases acomodadas. Por otro lado, su “populismo” le ganó el apoyo de los sectores populares; ello se manifestó en el cambio de nombre de la capital, que pasó a llamarse Ciudad Trujillo en 1936. Asimismo, Trujillo explotó ciertas figuras de su entorno inmediato para proyectar las dimensiones “monárquicas” de su gobierno. Tal fue el caso, por ejemplo, de la fastuosa coronación de su hija Angelita como reina de la Feria de la Paz y la Confraternidad del Mundo Libre, celebrada en 1955 para conmemorar el vigésimoquinto aniversario de la ascensión de Trujillo al poder.

Derby arguye que las relaciones de Trujillo con ciertas mujeres—sobre todo con sus hijas—contribuyeron a remarcar en la sociedad dominicana las jerarquías basadas en la edad y el género. Por otro lado, sus innumerables amantes y cortesanas reforzaron su imagen de varón portentoso, tanto en el ámbito sexual como en el político, lo que le ganó la admiración de no pocos dominicanos y dominicanas, quienes vieron en él al macho por antonomasia. A ello abonó el “capital simbólico” que acumuló Trujillo gracias a sus vínculos con Porfirio Rubirosa, primer esposo de Flor de Loto, hija del dictador, y que, luego de su divorcio de ésta, se convirtió en un *dandy* y *playboy* internacional. Trujillo mantuvo sus relaciones con Rubirosa y lo usó en varias ocasiones como representante suyo o lo incorporó a sus séquitos durante sus viajes. Ello incidía en la imagen de Trujillo como macho prodigioso. Papel similar jugó la importancia y el cuidado que prestaba Trujillo a su vestimenta y a su apariencia personal. En efecto, el tirano desarrolló toda una iconología fundada en su vestuario: ya vestido de militar, de etiqueta, de saco o con su traje de equitación, Trujillo intentaba proyectar su pulcritud y su señorío.

Pese a ello, alega Derby, Trujillo en el fondo no era más que un “tíguere”, dominicanismo definido por la autora como “[the] quintessential Dominican underdog who gains power, prestige, and social status through a combination of extra-institutional wits, force of will, sartorial style, and *cojones*” (114). En su meteórico ascenso social, Trujillo traspasó las

barreras impuestas por las élites dominicanas, basadas en el poder económico y en criterios raciales. En tal sentido, Trujillo habría satisfecho los sueños del “tíguere”: obtener poder, riqueza y mujeres pese a provenir de un mundo de carencias y limitaciones. La tradición del “tigueraje” se habría originado, según Derby, en el periodo colonial, cuando, supuestamente, en Santo Domingo los libertos contaban con múltiples oportunidades de movilidad física y social. Durante el trujillato, el “tigueraje” alcanzó su clímax debido a que el tirano mismo lo emblematicaba; Trujillo se convirtió en modelo del macho vigoroso que había logrado ascender a la cúspide de la sociedad, sometiendo incluso a las orgullosas élites que despreciaban a la gente que, como él, provenían de sectores ‘inferiores’ tanto económica como racialmente.

La religiosidad popular también habría contribuido a sostener al autocrático régimen trujillista. Así, en los capítulos seis y siete de su libro, Derby explora las creencias religiosas populares y cómo ellas favorecieron a Trujillo. En primer lugar, examina la creencia de que el dictador tenía un “alter corpus”, una especie de doble—denominado “el muchachito”—que constituía “a magical being who enabled Trujillo to extend his person into this world and others” (207). Incluso fueron impregnadas por el trujillismo aquellas formas de religiosidad popular que tuvieron mayor autonomía y manifestaron rasgos contestatarios. Tal fue el caso del movimiento de Palma Sola, un culto popular que emergió luego de la caída de la dictadura, si bien sus orígenes se remontan a principios del siglo XX cuando fue fundado por Olivorio Mateo. Reprimido durante el trujillato, el olivorismo—como se conocía dicho culto—renació en la región de Palma Sola, en San Juan de la Maguana, cerca de Haití. Derby afirma que la comunidad de Palma Sola constituyó una “fantasía del Estado” que, por un lado, cuestionaba determinadas expresiones del régimen trujillista, si bien reprodujo algunas de sus formas de dominación (228).

La fusión de nociones religiosas y políticas fue reforzada por la discursiva del panegírico, practicada de forma rimbombante por los áulicos del régimen, quienes recurrieron con frecuencia a imágenes religiosas y místicas para ensalzar al tirano. El chismorreó también fue empleado por el régimen trujillista para validar su hegemonía. Derby destaca el papel que

en tal sentido jugó la columna “Foro Público”, publicada en *El Caribe*, el principal periódico durante el trujillato. En dicha columna aparecían denuncias—muchas veces en forma de carta—, efectuadas supuestamente por ciudadanos, en contra de funcionarios del gobierno y de personas más o menos destacadas de la República Dominicana. Redactadas con frecuencia en el mismo Palacio Presidencial, las censuras y las denuncias en el “Foro Público” generaron un clima de pavor entre determinados sectores de la sociedad dominicana—mayormente entre las clases medias y altas—ya que aparecer en dicha columna constituía una vergüenza, amén de que implicaba que el denunciado se encontraba en la mirilla del tirano. Pese a que no pocas de esas denuncias eran meras infamias, las mismas creaban la sensación de que Trujillo, como una omnipotente deidad, todo lo veía, lo escuchaba y lo sabía.

En suma, el argumento central de Derby radica en cómo diversos elementos de la cultura popular contribuyeron al surgimiento de un régimen totalitario. Dichos elementos se combinaron para hacer de Trujillo una especie de poderoso hechicero, capaz de mantener bajo su embrujo, durante décadas, a toda una nación. Esta implicación del trabajo de Derby va a contrapelo de buena parte de la literatura más reciente acerca de la subalternidad, que parte de la premisa de que la cultura popular está definida en esencia por estrategias de resistencia al poder. El estudio de Derby, por el contrario, se aparta de dicho modelo ya que resalta cómo la cultura popular dominicana abonó el terreno a la tiranía trujillista. Por esta razón, *The Dictator’s Seduction* debe ocupar un papel destacado en las discusiones en torno a la subalternidad, las resistencias y la relación de las clases populares con los regímenes autoritarios.

La investigación de Derby podría suscitar otro tipo de discusión, basada en sus dimensiones epistemológicas. Conceptualmente, Derby se nutre de un abarcador espectro de nociones, obras y teorías antropológicas, sobre todo aquellas que revelan las dimensiones “mágicas”, arcanas y esotéricas del poder. Aparentemente, muchas de esas obras y teorías se refieren a sociedades preestatales, sobre todo de África. No obstante, Derby emplea los conceptos derivados de ellas sin tomar en consideración si tales principios pueden ser aplicados a una sociedad como la dominicana entre

1930 y 1960. Creo que puede resultar problemática la utilización de nociones provenientes del estudio de sociedades “premodernas” al estudio de sociedades como la dominicana en esos años—por muy “atrasada”, “subdesarrollada”, “premoderna” o hasta “primitiva” que fuese ésta. Emplear tales categorías sin ponderar en qué medida pueden ser usadas para estudiar otro tipo de sociedad conlleva un riesgo significativo. Efectuar tal tipo de traslación sin valorar las diferencias entre las sociedades referidas equivale a asumir que se trata de sociedades similares, cuyas estructuras políticas y mentales son equivalentes.

Más aún: parece que el estudio de Derby arranca de la premisa de que esas diversas sociedades comparten un mismo “primitivismo”. En consecuencia, el libro enfatiza las dimensiones míticas, fetichistas y “mágicas” del poder. No dudo, por cierto, que en la República Dominicana el régimen trujillista proyectara atributos maravillosos y hasta fantásticos. Sin embargo, no me resultan tan convincentes algunas de las propuestas de Derby. Tal es el caso de la supuesta existencia del alter corpus de Trujillo, de ese “muchachito” que actuaba como una proyección del tirano. En el capítulo dedicado a este tema, Derby ofrece una gran variedad de referencias bibliográficas, mayormente de obras antropológicas, pero su evidencia empírica es bastante escueta. Por ende, el lector no se entera finalmente de cuál es el contenido de las narraciones efectuadas por sus fuentes acerca del “muchachito”. Así que el capítulo resulta frágil en lo que se refiere a documentar el argumento central de la autora, el que es sostenido principalmente mediante analogías, suposiciones y alegadas similitudes con fenómenos de otras latitudes y sociedades.

Este rasgo del libro de Derby—pese a todo el mérito que posee el mismo, que no es poco—ejemplifica una de las características principales de una cierta tendencia en los estudios sobre América Latina en los Estados Unidos: su propensión al exotismo. En efecto, el minucioso rastreo que realiza Derby de la cultura popular dominicana parece sustentarse en la fascinación que la autora siente por ella. Esto, por cierto, no constituye algo insólito: creo que todos los investigadores estamos en alguna medida maravillados e intrigados por aquello que incita nuestras inquietudes intelectuales. Pero considero que los investigadores debemos estar al tanto

de ello y, sobre todo, ser conscientes de los riesgos que eso implica. En el caso de la antropología—disciplina muy cercana a la historia y que sustenta buena parte del trabajo de Derby—, ha sido muy poderosa su propensión al exotismo. No por casualidad, los debates intelectuales durante las últimas décadas han tenido entre sus ejes principales el exotismo que genera la antropología. Éste, por ejemplo, fue uno de los rasgos principales del saber producido por Occidente acerca del Oriente, como evidenció hace décadas Edward Said. América Latina también se ha visto marcada por la mirada exotizante de quienes se han dedicado a estudiar la región.³ Dicha mirada exotizante ha tenido diversas manifestaciones y expresiones: abarcan desde las concepciones acerca del “atraso”, el “subdesarrollo”, la “barbarie” o el “primitivismo” latinoamericano hasta las nociones en torno al “buen salvaje”, que con frecuencia terminan construyendo a América Latina como un espacio utópico.⁴ Orientadas por un exotismo extremo, las representaciones de América Latina efectuadas en el mundo académico pueden bordear el “realismo mágico” o lo “real maravilloso” popularizados por ciertas obras literarias.

Del exotismo, por cierto, no están exentas las representaciones que efectuamos los mismos latinoamericanos sobre la región. Contra ello no existe un antídoto infalible, por lo que, a mi juicio, sólo queda seguir la propuesta de Michel de Certeau y volvernos más reflexivos acerca del “lugar”—identitario, discursivo, ético, político, institucional—desde el cual realizamos nuestras construcciones sobre la realidad y el pasado.⁵ Esto, por supuesto, tampoco garantiza la objetividad, la integridad o la imparcialidad

³ Edward Said, *Orientalism* (New York: Pantheon Books, 1978); Esteban Krontz, *La otredad cultural entre utopía y ciencia: Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología* (México: UAM-Iztapalapa y Fondo de Cultura Económica, 2002); Miguel León-Portilla (coord.), *Motivos de la antropología americanista: Indagaciones en la diferencia* (México: Fondo de Cultura Económica, 2001); y Pedro L. San Miguel, “Falsos (además de confusos) comienzos de una digresión sobre historia y antropología”, en: *Los desvaríos de Ti Noel: Ensayos sobre la producción del saber en el Caribe* (San Juan: Ediciones Vértigo, 2004), 139-174.

⁴ Pedro L. San Miguel, “Aproximaciones a las representaciones de América Latina en la historiografía estadounidense”, XXIX Conferencia Internacional de la Latin American Studies Association, Toronto, Canadá, 6-9 de octubre de 2010.

⁵ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, trad. de Jorge López Moctezuma, 3ª ed. (México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1993).

de nuestras fabricaciones intelectuales. Pero al menos nos brinda la posibilidad de relativizar nuestras elucubraciones, de admitir su contingencia, incluso de asumir que la extrañeza del Otro y el exotismo que percibimos “allá afuera” no son sino proyecciones nuestras; que son—ellas sí—una especie de “alter corpus” de lo que verdaderamente somos. Este autoreconocimiento puede estremecernos y hasta aterrarnos; pero también podría—como ha propuesto Mauricio Tenorio Trillo siguiendo una fórmula de Edmundo O’Gorman—propiciar nuestras “carcajadas del porvenir”.⁶ Y esto último quizás nos aproxime a la sabiduría.

⁶ Mauricio Tenorio Trillo, *De cómo ignorar* (México: CIDE y Fondo de Cultura Económica, 2000), 132.